

una palabra, hipócrita, comedida y temerosa. Existe un miedo pueril á todo cuanto sea desentonó; parece que el mundo entero tiene fijos los ojos en lo que dice y hace este humilde rincón de la Tierra.

Va pasando el tiempo, y las costumbres cambian. San Sebastián está en la misma puerta de Europa; las costumbres, las curiosidades europeas vienen hasta aquí en un continuo acarreo; millares de automóviles con las más diversas gentes, vuelcan aquí de continuo sus excentricidades y sus lujos. Rápidamente, la ciudad crece, se ensancha, se hermosea..... y el antiguo *Iruchulo* tiene que retirarse á un segundo término. Todavía puede verse un trozo del alma antigua en esas calles angostas y solitarias de la población vieja. Son tiendas pequeñitas, en cuyo fondo están martilleando con golpes menudos los linterneros, los zapateros ó los alpargateros. Son portales chicos y oscuros, á donde salen las comadres para charlar y murmurar. Son las tabernas en donde se canta y se merienda; las sidrerías húmedas en que fuman los pescadores; las tiendas de objetos inverosímiles. Pero es tan pequeña esta parte de la ciudad, tiene tan poco influjo en la corriente de los negocios, que apenas si nadie se acuerda de su existencia.

La que triunfa, influye y representa, es la otra parte, el San Sebastián moderno, con sus calles anchas, sus paseos cada vez más lindos, sus palacios cada vez más numerosos, sus cafés fastuosos, sus incontables hoteles, sus almacenes y comercios que se hermosean sin cesar.

En menos de veinte años, la ciudad ha dado una vuelta en redondo. Casi ha doblado el número de sus habitantes, y en cuanto á ostentación y riqueza, el cambio ha sido enorme. Actualmente se considera á San Sebastián como la ciudad más bella, higiénica, confortable y tranquila de toda España. Es probable que el impulso ascendente no se interrumpa, y entonces puede augurarse á San Sebastián, para dentro de medio siglo, una población de 100.000 almas, además de la esplendidez é influencia correspondientes á tan nutrida población.

J. M. S.

LA VIRGEN

CASI todos los meses tienen la suya.

Éste ensalza á la Reina de los Cielos, ya concluída la recolección; cuando la cosecha, esperanza del invierno, yace en los trojes; cuando los campesinos descansan de sus fatigas de Agosto y pueden dedicar á la Virgen las tiernas plegarias de la fe y los cultos á Ella, llenos de poesía.

La procesión sublima en las andas á la Excelsa Señora; vacilante, temblando, recorre las calles del pueblo ó sus arrabales, seguida de numeroso cortejo, entre nubes de incienso, estallar de cohetes en el aire, cánticos sagrados y dulce murmulio de oraciones.

Y las campanas con alborozo no igualado voltean, pregonando la fiesta, y los hijos de la Divina Patrona la ofrecen los afectos más íntimos del alma.

• •

Alegre es el día; el júbilo lo llena y parece que ningún suceso triste ha de turbar el holgorio en que se envuelve.

Que es también grande la fiesta y el orbe cristiano la conmemora postrándose ante María y saludándola con las más delicadas invocaciones que en amorosos éxtasis de respeto y piedad surgen de piadoso pecho.

CH.

EL VERANEO DE LOS REYES

Es la décimaséptima jornada de verano que emprenden á aquella capital. Sólo el verano de 1898—año nefasto para España—dejaron de visitarla.

Los primeros veranos se alojaron en el palacio de Ayete, que su dueña, la señora Duquesa viuda de Bailén, ponía á disposición de la Reina. En el mismo palacio y en los últimos días de Abril de 1889, se reunieron la Reina Victoria de Inglaterra y la Reina de España.

Años después, se instaló D.^a María Cristina con sus hijos en Miramar, que estaba en construcción cuando Su Majestad Británica estuvo en San Sebastián, y en cuyas obras, por cierto, se cayó y sufrió un golpe por aquellos días el Sr. Sagasta, que con el marqués de la Vega de Armijo, también ministro, acompañó á la Reina.

Miramar, como es sabido, se levanta en un extremo de la hermosa bahía de la Concha. Los terrenos que adquirió la Reina para levantar su casa, pensó adquirirlos años antes el inolvidable Gayarre para establecer una fábrica de productos químicos. El gran tenor en sus últimos años pensaba con todo el positivismo de la época.

Á la Reina no la gusta que se llame Palacio á Miramar. Dice que su nombre es Real Casa de Campo de Miramar, y así la llama ella. Y casa de campo es en realidad la mansión regia, á cuyos pies se estrella, acariciándolos, el Cantábrico. Y vida de campo es la que allí hace la Familia Real, dedicando tan sólo una hora al día á despachar con el ministro de jornada, y dos días por semana á recibir á las autoridades y á particulares.

En los primeros años de jornada en la capital guipuzcoana se bañaba la Reina, y adquirió justo nombre de intrépida nadadora—*Nadar ya hace como pocos y sambulla también*—, decían en su pintoresco castellano los tripulantes de la escampavía que se situaba cerca.

La Familia Real pasa una buena parte de la mañana en la playa. En la caseta de baños que la Diputación monta y que se hace avanzar ó retroceder en la playa con grúa de vapor, según el avance ó retroceso de la marea, se han firmado algunos muy importantes decretos.

Las tardes las dedica generalmente á dar largos paseos en carruaje, montaña arriba, á respirar aires puros, á extasiarse contemplando los soberbios panoramas que hay por todas partes. El coche hace alto en un punto determinado de antemano, y allí está Cirilo Erqaicia, el guía fiel y estimado de las Reales Personas, que con él pasan agradables ratos. Cirilo Erquicia es una institución en la jornada regia. Joven aún, fuerte, conocedor de las montañas y de sus atajos paso á paso, es el verdadero tipo *sagardío*. Habla correctísimamente el vascuence, bien el francés y medianamente el castellano. En sus primeros años y efecto de las dificultades que le ofrecía el idioma nacional, amén de las que surgían de la emoción, solía equivocarse, y lo mismo daba tratamiento de majestad á la Reina, que de usted, de ilustrísima ó de tú. Y la Familia Real se reía de «las cosas de Cirilo» que, aparte esas irreverencias inconscientes, era capaz de dejarse matar por servir á la Reina madre y á sus hijos. Y la Reina y sus hijos, que lo saben, le aprecian mucho y le dan señaladas pruebas de consideración.

Con Cirilo han visitado muchas de las caserías que pueblan aquellos montes hermosos, y en una de ellas, camino de Lasarte, fué donde regalaron al Rey un perro que ha disfrutado muchos años el cariño y la predilección de su augusto amo. Fué el perro *Sagasta*, cuyo nombre se le puso el propio D. Alfonso.

Otras veces se presentan en los pueblos sin previo aviso, gustando mucho de visitar las escuelas y conversar con las autoridades, cuya sencillez encanta á la Familia Real. Á una villa, cuyo alcalde era republicano, llegaron un día las Personas Reales, siendo recibidas por aquella autoridad con toda clase de consideraciones y respetos, porque no quita lo cortés á lo valiente, y allí la cortesía es proverbial. La Reina debía sospechar la filiación del alcalde, y tal vez interesada por la grandísima amabilidad y por la corrección de un hombre que comulgaba en las ideas republicanas, le preguntó :

—Dígame alcalde : ¿usted á qué partido pertenece?

—Al partido judicial de San Sebastián, señora—contestó imperturbable el hombre.

Los paseos terminan con la luz del día, y de noche no hay en Mi-

ramar más que tertulias familiares y alguna que otra vez veladas artísticas, cuando desfilan por San Sebastián artistas como Arbós, Tragó, Guervós, Leo de Silka, Baldelli, etc.

Sarasate tocaba todos los años un día en la Real Casa de Campo. Era la única vez que durante la canícula empuñaba el violín el gran artista. Fuera de esa ocasión se negaba á tocar, porque, según afirmaba, con el calor silbaban las cuerdas.

Ya ven ustedes que era el colmo del atrevimiento el de las cuerdas del violín. ¡¡Silbar á Sarasate!!

ANGEL MARÍA CASTELL.

Madrid.



AGUAS Y CABALLITOS

EN esta provincia de Guipúzcoa, donde todos los adelantos modernos tienen su representación, aquí donde la industria hace progresos admirables, se ha llegado á europeizar todos los balnearios estableciendo las carreras de caballitos mecánicos, que por espacio de mucho tiempo explotó exclusivamente el Casino de San Sebastián.

La diversión suele ser cara, pero entretenida, y ayuda á los efectos medicinales de las aguas en no pequeña parte.

Cuando acaba la comida, que en los balnearios es larga como en los buques, porque además de comer hay que entretener el tiempo, comienzan las carreras, y en torno del juguete más caro que han conocido los hombres, se agrupan los enfermos (ésta debe ser su denominación) para ver cómo se puede realizar esa aspiración común en la raza humana de ver oficial cómo se multiplica un duro sin esfuerzo, sin violencia, sin trabajo.

Antes los caballitos eran casi inofensivos; se jugaba por papeletas que contenían cada una el número de un jinete; el que antes llegaba á la meta ganaba á todos; esto era una rifa.

Después se puso el tapete al lado de los caballos, se señalaron sus números en él con las casillas formadas por líneas amarillas, se pintaron la mitad de los jinetes de rojo y la otra mitad de encarnado, se permitió poner á cada caballo la cantidad que se quisiera, y surgieron las combinaciones de color: mayores, menores, pares, nones, cuadros y columna; esto ya es una ruleta.

Una ruleta abreviada y entretenida, porque en vez de bolita salen veloces los ejemplares de las mejores cuadras, y á poquito dinero que se interese se recibe la sensación del Gran Prix de París ó del Derby de Londres.

Hay quien por dos realitos que ha apuntado al tres, quisiera me-

terse dentro del muñeco que cabalga sobre el jaco que lleva ese número, para hacerle correr ó pararse á su debido tiempo, y hay quien llega á creer que aquellas figuras cobran vida real y que su *jockey* está vendido al oro de la reacción ó al banquero, porque no llega jamás á la meta.

Todas estas emociones son útiles para el sistema nervioso ó para cualquier otro sistema de los que rigen el cuerpo humano; porque si no, ¿para qué fin en toda Europa están los caballitos al lado de los manantiales cloruro sódicos-bicarbonatados y demás denominaciones químicas que figuran en los análisis?

Como las ciencias siguen adelantando una barbaridad, algún día se hallará la relación existente entre las aguas sulfurosas y los caballos mecánicos de carrera; algún día demostrará un sabio, aficionado á verlas venir, que las afecciones del estómago se curan con cuatro vasos de agua mineral por la mañana y tres golpes á color por la noche en uno de esos hipódromos verdes que siguen al bañista como el granizo á la lluvia.

Para todas las enfermedades del hígado, las carreras deben constituir un gran alivio. Antiguamente se recomendaba á los biliosos que vieran correr el agua de un río para curarse, y nadie negará que es más divertido ver correr los caballos que el líquido del mismo Orinoco, con ser tan grande.

Por de pronto, se quita mucho peso de encima; esa moneda que, según nuestros hacendistas, necesita ser saneada, se va del bolsillo rápidamente á buscar la salud en la caja del banquero, que á pesar del pronóstico de todos nuestros hombres públicos, no tiene inconveniente en recibirla sin temor á infecciones ni contagios.

La juego-terapia ó la cura hípica llegará á sistematizarse y á dosificarse para que ejerza su benéfico influjo sobre el paciente en los dos sentidos de la palabra, esto es, en el de sufrir y en el de pacer al lado de los caballitos, que engordan y viven gracias al amor de la humanidad, á los riesgos del azar y á las caricias ó, en este caso, coces de la suerte.

En establecimientos de aguas que obran sobre el hígado, la parte de color que tiene el juego ofrece incidentes muy chistosos. Entre los puntos hay muchos que tienen la piel como el cuero de unas botas claras recién adobadas con Dandy, pues estos señores de matiz alimento suelen salir del juego diciendo que no han visto un amarillo en

toda la noche. Y no hay más que mirarlos para saber que no es verdad.

Los caballitos, por de pronto, sirven para alterar el valor de las saludables aguas de estos balnearios. A unos les cuesta cada vaso muchos duros, a otros la temporada les sale de balde, y todavía hay algunos que se llevan a su casa la salud que les faltaba y dinero encima.

Para evitar estas desigualdades debía limitarse, por quien puede hacerlo, la cantidad imponible.

En tanto que se determina la eficacia y razón de esta asociación de caballos que corren y aguas que carenan al individuo, bueno sería normalizar el uso del azar a proporciones inofensivas.

Porque hay quien se desboca sin ser caballo y hay quien merece serlo aunque no se desboque, según se obstina en que pase a su puerta la rueda hípica de la fortuna.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR.



LIT. A VASCONGADA

MAMI

(BAKARIZKETA)

Iruditegiak aurkestatzen du ostatu bateko atariya, eta au, nola baserrikua baitan, agertuko dira enbor koskor bi, gurdi zar kurpill gabeko bat bere ondoan belar sorta batekin (*Mami arlote ichuran azalduko da*).

Biendo ordutik badira onezker oziñ auzarturik naguela ostatu ontara sartzez. ¿Nola sartuko naiz baldin patrikarak utzak bidauzkat?

Zenbait bezelako auzarditsua banitz, bapo gozaldu, eta aldegingo nuke esanaz, ez daukat dirurik, eta nai dubena egin beza nerekin echekoandre : ¿bañan dirurik ez badet nola echekoandriak egin lezake nai dubena nerekin?

Berak eman, nik eskatzen diyotana, eta nik ematen ez badiyot berak eskatzen ditana zer egin bear du? Soñua jo ta dantzatu. ¿Bañan nik ez badiyot soñukairik ematen? Jantzi dezala idí zarraren lepoko joalia, eta eragiñaz berari dantzatu liteke nai duben eran.

Zortzi egun badira nere barrunen gauza berorik sa.tu ez dala, oya ikusi ez detala berriz izango dira..... Jaungoikuak lagun onezker zenbat urte.

Badakit, chit ongi dakit izango dirala asko esango dutenak, Mami dabilen bezela ikustia gauza kupigarriya da ori izan danarekin, bañan, bere zabarkeriyaren bitartez dabill orla.

Irabazpidezko lanari era bat utzi ziyon ezker, lengo adiškide guztiyak, farra egiten diyote, iñork ez du begiz ere ikusi nai, eta norbaiten aldamenean jartzen bada igesten dira andik, baztangaren nazkatasunak ematen duben baño bildur geyakorekin.

Au guztiya esango dutela chit ongi dakit, eta arrazoi aundiz mintzatzen dirala ere bai, bañan ni ez naiz lanerako jayo, eta ez det egingo.

¿Astakeri aundiaygorik alda bada gaur? Lana egiten dubenaren gaiñ daude Dierri guztiyaren zorrak, langilliak pagatu bear ditu guztiyak, bañan beñere gertatuko ez dan artzekorik gertatuko balitz, langillia baño lenagokua izango lirake artzeko oriyek jasotzeko.

¿Abek guztiyak orla dirala zertarako lana egin? ¿Zer aurrerakisun dauzkagu bada lana egiñarekin? Astoak izketan baleki esango luke arrazoi aundiz, ni jayo nitzanian nere amak pullakada bat eman izan baziran buruan eta ill baninduben mesede aundizko gauza egingo zuben neretzat.

¿Zeren utsegitian bidez ibilli bear det beti bizkarra zamapean, eta mantzo banabill zergatik jipoatzen naute? ¿Zergatik ez dituzte nere eginkisunak trukatzen zerriyarenakin? ¿Nik egin bear al det zerriya, gudi, gudi etzanda egon dediñ? Ni ere zerriya bezela egongo nitzake alferkerizko biziera igaroaz bañan, astoa izan astoa eta nik egin bear guztiyantzat.

¿Ez al luke bada astoak arrazoi izango au esanarekin? Bai, eta aundiya: au bera gertatzen da bada gizartean ere; langilliak egin bear alfer zalla ondo eta lasai bizi dediñ; bañan alferkeritzan ondo ikasiya izan bear du batek, bitarteko onan arrimuan. Orain norbaitek galde-tuko balirake astoa edo zerri izan nai nukien, erantzungsniyoke eze-ren kupida gabe: zerri, zerri izan nai det nik, batez ere oroiturik esaera zar batek diyona; zenbat eta zerriyago dan bat, orduan ta gize-nago agertzen da.

Orain, norbait auzartu liteke esatea neri, ni orren alferra izanik ez naguela gizen, zeñari esango niyoken mingañen toteltasun gabe: eiñtegi oneko eta jabe onaren zerriya gizentzen dala baldiñ azpi onak badauzka: bañan ni nola naizen gauza bearreko abek gabia argaltasunak mendian artua nauka zerri gozetiya bezela, arrimo eta jabe gabia naizelako. Ni sayatuko nitzake lanian, ¿bañan nere sayatzian ordañak bestek jan bear baditu zertarako sayatu? Ez, ez: nayako det alfer bizi erdi goziak biziko banaiz ere, eta batere kupida gabe esan liteke zerri izatia obea dala, asto, makilla mendekua baño.

Zerriyak gauza char bat bakarra izaten du, maite duten ichuran ondo bazkatuaz gizendu, eta labanaz illtzia: bañan astoa, beti kemen onekua dagon bitartian, zamapian eta makillan mendian bizitzen da,

eta kemen gabetzen danian mallukada batez edo sutunpez illtzen dute, bere bizi guztiyan egin duben lanaren ordañetan.

¿Zenek irabazi du geyena beretzat biziak iraun diyoten bitartian?

Buru nekatze aundirik ez du eskatzen galdeera onek; orrengatik nai det beti zerri izan, banan argala; zergatik gizentzen dana bakarrik illtzen duten, bada mami guchikua bizitzen da luzaro, iñori ezkintzerrik izaten ez dalako eta nork artua guchiyago. Gisa ontan nabill ni ere; alferra naizelako iñork ez du nai nere izatea, bada gizena banitz, zapelaitzak chito jabe egin nai izaten duten bezela jabetu naiko luteke askok nitzaz ere.

Egiya esan bear badet, nayago det zerri izan eta ez asto, asko bizi diran bezela, bada jakiña dago astoaren egitekua dala bizkar gañean pentzu ona zerriyarentzat eramatia.

(Iehedon) Orrenbeste denborako berriketakin gozia ugaritzen dijukit, eta onena izango det, ostatu ontan sartu, eta bazkaltzia kosta ala kosta, naiz ez pagatu; zergatik nik jango detana ematen badit echeko-andriak pagatua egongo da, eta ala ez badago ere neri zer ajola zait, artzeko dunak eskatuko diyo eta paga dezayola. ¿Bañan nik zergatik pagatu bear det su gañeko ontziyak uztutzia? ¿Ustutzeko ez al ditu betetzen?

Bada iñilik egoten ez bada, pagatu egin bearko dit nere uztuketako pionta lana; erri batzar edo ayuntamentuak ez ditu uztu arazten zimaurdi zuluetako urak ere muzu truke, pagatu egin bear izaten zayo, eta ez guchi alare.

(Eskura chistua botiaz) Ea bada, koajetsu koajetsu egiñik sar nadiñ barrura kezka gabe eta iñor badago (oinkada batean sartzen da) begira, ajolik gabe antziak Mami.

JUAN INAZIO URANGA.

POESÍA VASCONGADA

¿MAITASUNA EDO?...

Arbol batian zeuzkan
karnabak kabiyan,
iru ume politak
erdi ageriyán;
zoratu nayan bizi
zan iru ayekiñ,
bere errayetako
puška maitiakiñ,
euli, ta piſti onak
zituben achitzen,
eta umechoari
aguro ekartzen;
goſatutzen zituben
umeak aiñ pozez,
etzan iñola ere
azpertzen maitatzez;
beiñ irten zan kabitik
oso pozez egan,
laiſter jiratutzeko
asmotuz beregan,
bañan jira kabira
zubeneko eman,
mutill batek kabiya
eskuan zeraman;

ama gaiſuan pena,
zoratu nayian
zebillen, mutill arren
buruan gañian;
kulpa gabeko ayek
ala ikusirik,
eta berak iñola
eziñ lagundurik,
mutill ark kayolian
umeak sarturik,
kayola jarri zuben
leyotik chinchilik.
Ama laisterkatzen zan
umechoen gana,
eramatera pozez
gaiſoari jana,
etziyen eramaten
nai aña janari,
gajuak nayagatik
bere umeari;
irtengo etziranik
etzuben etzitzen,
argatik lagundutzen
etziyen utzitzen,

bañan ezaguturik
aunditu zirala
eta presondegiya
betiko zutela;
perejillen aşıya
bai ziyen eraman,
zezaten an irurak
berielasen jan.
Kofarubak segiran

jan zuten aşıya
eta zuten chit galdu
irurak ibiziya
.
Amak nai ezik bera
ta ayek penatu,
bertan zituben gaišo
ayek *menenatu*.

PEPE ARTOLA.



AMA EUSKARA

Nuben anayak izango gera bizitz latzian
→dierazten dizutet gogoz biyotzetikan,
Nazpiak eziñ geldi gindezke otzak atzian
→ozik alegiñ egiñ dezagun Amagatikan;
→zan liteke negar egiñaz guregatikan
→rkitutzia, buru makurka baztar batian,
→orri, mutillak, jarri gaitian denongatikan
→arkaziyua eskatutzeko bere aurrian.
Euskaldun denak Ama Euskara maita dezagun
→a biyotzetik Jaungoikuari beti eskatu,
→dukitzeko bere ondoan gau eta egun,
→ere barrunen gaitzik beñere ez dediñ sartu;
→ma : betiko izango gera zurekiñ lagun
→a guregatik irudimenik ez beza artu.

FELIPE KASAL OTEGI.

BIOGRAFÍA

UN LIBRO EN EUSKERA DE GREGORIO MÚGICA, POR ADRIÁN DE LOYARTE.

De las pocas producciones que en euskera se pueden leer, es, sin duda alguna, el libro de nuestro buen amigo Múgica, perfectamente documentado, y en el que aparecen las biografías de hombres tan conocidos en la historia de nuestro país, como Iturriaga, el P. Cardaverez y Urbieta.

La última obra que yo había leído en euskera fué la de Domingo Aguirre, presbítero, que tan bien domina la lengua de Aitor y que cada vez que produce algún libro hace verdaderas maravillas de estilo.

Este nuevo libro de Múgica, aunque en otro género, es digno continuador del de Aguirre, y tiene la gran ventaja para los amantes de nuestras glorias euskaldunas, que, á pesar de componerse de pocas páginas, constituye un libro de consulta.

Su estilo claro y sencillo, su criterio sano en este género de estudios, su modo de analizar los puntos débiles y las dudas de nuestra Historia, son detalles que por sí solos delatan las buenas condiciones del autor, no tan sólo en el dominio de la lengua euskera, sino también en la historia. Precisamente, si de algo necesitados estamos en nuestro país, es de una historia veraz y documentada.

Producciones literarias las tenemos á todo pasto, especialmente en euskera. Á veces más que lo conveniente, porque no todo ello es bueno ni admisible.

Pero de libros de historia apenas tenemos nada que pueda consultarse. No tenemos documentos colecciónados más que muy pocos,

que los debemos á Echegaray. No tenemos nada profundamente histórico, que constituya una realidad positiva. Nuestros documentos se encuentran desperdigados.

Así es que para escribir algo serio en materia histórica, necesitamos hacer esfuerzos sobrehumanos.

Gregorio Múgica, mi querido amigo, ha comenzado una labor meritoria y patriótica que nosotros se lo aplaudimos con entusiasmo de patriotas y de amigos. Pero no debe quedar aquí su producción histórica. Continuar mucho, mucho más adelante y con obras de más empuje, esa es la labor que ahora debe emprender.

Las biografías de Iturriaga, Cardáveraz y Urbieta, recogidas y documentadas por Múgica, son el comienzo, constituyen el punto de partida de una obra sólida y fundamental. Vaya, pues, una felicitación sincera al escritor y al patriota, y estas líneas que están escritas al volar de la pluma, sirvan de aliento, en este país que tanto necesitamos los escritores que nos dedicamos á cuestiones del pueblo euskalduna.



POESIA CASTELLANA

En nuestro deseo de llenar estas páginas de variedad y armonía, no vacilamos en amenizarlas con las flores de nuestros ingenios vascos, siquiera éstos no se expresen en la milenaria lengua de Aitor. Un surgimiento de jóvenes entusiastas de las bellas letras, se ha iniciado en el país, y grato nos es irlos presentando al público tal cual ellos son, con el aroma de sus flores.

PINTURA LÍRICA

EL CASINO EN INVIERNO

*¿Has visto la silueta del Casino en invierno?
Llueve. Desde la playa emite el mar su eterno
rugido de fuerza resonante y bravío
como un himno que canta su fuerte poderío.*

*El viento se desata, tiemblan las marquesinas,
los cristales policromos, las finas opalinas,
mientras las rudas olas del Cantábrico van
azotando la costa gris de San Sebastián.*

• • • • • • • • • • • • • • • • • • •

*¿Recuerdas tú la calma de los atardeceres,
las charlas pasajeras de las vanas mujeres?*

*Qué fué de los perfumes delicados, qué queda
del hechizo insinuante de las faldas de seda...*

*sino la pesadumbre de una melancolía
que aumenta con la lluvia hostil de cada día,*

joh, grave pesadumbre de una tarde nublada en la terraza amplia, desierta y encharcada!

*¿Has visto la silueta del Casino en invierno?
Llueve. Desde la playa emite el mar su eterno*

*rugido de fiereza resonante y bravio
como un himno que canta su fuerte poderío.*

Detrás de los cristales se ven varios salones con el color distinto que dan sus cortinones;

*las nubes dan al cielo un aspecto sombrío
y en el confort que libra de las brumas y el frío,*

—allá dentro en las salas se ve una poca gente
—que mientras fuera ruge el ventisco inclemente—

distracta en los salones su tedio provinciano pasándose diarios de una en otra mano.

APUNTE DE VERANO

LA NOSTALGIA DE LAS HORAS

*Ante gentes exóticas el ocaso escarlata
difunde entre las nubes sus pompas orientales;
de unos valses tziganes los acentos finales
se alejan hacia el mar en lenta cabalgata.*

En los rostros tenemos lo mismo que la tarde transformada en ocaso la dicha apetecida, é indolentes en vez de guardar nuestra vida dejamos que la vida cuidadosa nos guarde.

*Así pasan las horas vertiginosamente,
sin que hallemos un rumbo nuevo para la mente,
que ha puesto nuestros ojos extáticos, perplejos...*

*Y en este raudo vuelo de vidas pasajeras
en que se pierden todas nuestras bellas quimeras
¿quieres decirme, amiga, cuáles irán más lejos?...*

PROFOUNDIDAD....

*Crepúsculo de estio de inefable dulzura,
cielo con vagas nubes que vuelan hacia el mar,
cielo en el que la calma que viene de la altura
invita á todo espíritu sereno á meditar.*

*En esta tarde dulce, profunda y pensativa
con sus nubes de un tono taciturno y sombrío,
es cuando el alma mia en mi cuerpo cautiva
anhela libremente bogar en el vacío.*

*El cielo tiene ambiente de lejanos países,
todo bajo su sombra invita á meditar,
mientras las nubes, sombras fantásticas y grises
reflejan sobre el líquido espejo de la mar.....*

MANUEL MUNOA.

NOVELA

ZALACAIN EL AVENTURERO, POR PÍO BAROJA

Publicamos á continuación un capítulo de Zalacaín el Aventurero, última novela de Pío Baroja, que ha sido muy elogiada por la crítica.

Entendemos deber de una revista mostrar al público fragmentos de aquellas obras literarias ó artísticas que tengan interés y sean dignas de que el público repare en ellas, por nuestro conducto, si no lo hubiere hecho por propia cuenta. En el caso presente la justificación se hace innecesaria. Las circunstancias de ser una obra de asunto vasco, de ser su autor de San Sebastián, y al propio tiempo, una de las reputaciones primeras en la novela contemporánea española, nos eximen de todo comentario ulterior.

La personalidad de Pío Baroja es interesantísima por sí, y además por ser una de las más representativas del temperamento literario del norte de España, que tan directa influencia renovadora ha ejercido en el ambiente de las letras patrias.

La firmeza de su temperamento, la audacia en el pensar, el desenfado en la dicción, las paradojas dinámicas y sus condiciones, según ha dicho otro escritor vasco de novelador misántropo y turbio dan á su personalidad un relieve inconfundible y verdaderamente extraordinario.

No tenemos, pues, nada que agregar á lo dicho, sino invitar á los lectores á que aprecien por sí mismos las bellezas del capítulo que transcribimos, correspondiente á la última novela del escritor que tantas ha prodigado ya en las páginas de La feria de los discretos, Paradox, Rey y Los últimos románticos.

EN QUE LOS ACONTECIMIENTOS MARCHAN AL GALOPE

Entregaron los serenos á Martín en manos del alcaide, y éste le llevó hasta un cuarto oscuro con un banco y una cantarilla para el agua.

—Demonio—exclamó Martín—aquí hace mucho frío. ¿No hay sitio donde dormir?

—Ahí tiene Vd. el banco.

—¿No me podrían traer un jergón y una manta para tenderme?

—Si paga Vd.....

—Pagaré lo que sea. Que me traigan un jergón y dos mantas.

El alcaide se fué, dejando á obscuras á Martín, y vino poco después con un jergón y las mantas pedidas. Le dió Martín un duro, y el carcelero, amansado, le preguntó :

—¿Qué ha hecho Vd. para que le traigan aquí?

—Nada. Venía distraído silbando por la calle. Y me ha dicho el sereno: No se silba. Me he callado y sin más ni más me han traído á la cárcel.

—¿Usted no se ha resistido?

—No.

—Entonces será por otra cosa por lo que le han encerrado.

Martín dijo que así se lo figuraba también él. Le dió las buenas noches el carcelero; contestó Zalacaín amablemente y se tendió en el suelo.

—Aquí estoy tan seguro como en la posada—se dijo—. Allí me tienen en sus manos y aquí también, luego estoy igual. Durmamos. Veremos lo que se hace mañana.

Á pesar de que su imaginación se le insubordinaba, pudo conciliar el sueño y descansar profundamente.

Cuando despertó vió que entraba un rayo de sol por una alta ventana iluminando el destortalado zaquizamí. Llamó á la puerta, vino el carcelero y le preguntó:

—¿No le han dicho á Vd. por qué estoy preso?

—No.

—¿De manera que me van á tener encerrado sin motivo?

—Quizás sea una equivocación.

—Pues es un consuelo.

—¡Cosas de la vida! Aquí no le puede pasar á Vd. nada.

—¡Si le parece á Vd. poco estar en la cárcel!

—Eso no deshonra á nadie.

Martín se hizo el asustadizo y el tímido, y preguntó:

—¿Me traerá Vd. de comer?

—Sí. ¿Hay hambre, eh?

—Ya lo creo.

—¿No querrá Vd. rancho?

—No.

—Pues ahora le traerán la comida.—Y el carcelero se fué, cantando alegramente.

Comió Martín lo que le trajeron, se tendió envuelto en la manta y después de un momento de siesta se levantó decidido á tomar una resolución.

—¿Qué podría hacer yo?—se dijo.—Sobornar al alcaide, exigiría mucho dinero. Llamar á Bautista es comprometerle. Esperar aquí á

que me suelten es exponerme á cárcel perpetua, por lo menos á estar preso hasta que la guerra termine.... Hay que escaparse, no hay más remedio.

Con esta firme decisión, comenzó á pensar un plan de fuga. Salir por la puerta era difícil. La puerta, además de ser fuerte, se cerraba por fuera con llave y cerrojo. Despues, aun en el caso de aprovechar una ocasión y poder salir de allá, quedaba por recorrer un pasillo largo y luego unas escaleras.... Imposible.

Había que escapar por la ventana. Era el único recurso.

—¿Adónde dará esto?—se dijo.

Arrimó el banco á la pared, se subió á él, se agarró á los barrotes y á pulso se levantó hasta poder mirar por la reja. Daba el ventanillo á la plaza de la fuente, en donde el día anterior se había encontrado con el Extranjero.

Saltó al suelo y se sentó en el banco. La reja era alta, pequeña, con tres barrotes sin travesaño.

—Arrancando uno quizás pudiera pasar—se dijo Martín.—Y esto no sería difícil.... luego necesitaría una cuerda. ¿De dónde sacaría yo una cuerda?.... La manta.... la manta cortada en tiras me podía servir....

No tenía más instrumento que un cortaplumas pequeño.

—Hay que ver la solidez de la reja—murmuró.

Volvió á subir. Se hallaba la reja empotrada en la pared, pero no tenía gran resistencia.

Los barrotes estaban sujetos por un marco de madera, y el marco en un extremo se hallaba apolillado. Martín supuso que no sería difícil romper la madera y quitar el barrote de un lado.

Cortó una tira de la manta y pasándola por el barrote de en medio y atándola despues por los extremos formó una abrazadera y metió dos patas del banco en este anillo y las otras dos las sujetó en el suelo.

Contaba así con una especie de plano inclinado para llegar á la reja. Subió por él deslizándose, se agarró con la mano izquierda á un barrote y con la derecha armada del cortaplumas, comenzó á roer la madera del marco.

La postura no era cómoda ni mucho menos, pero la constancia de Zalacaín no cejaba, y tras de una hora de rudo trabajo logró arrancar el barrote de su alvéolo.

Cuando lo tuvo ya suelto, lo volvió á poner como antes, quitó el

banco de su posición oblícua, ocultó las astillas arrancadas del marco de la ventana en el jergón y esperó á la noche.

El carcelero le llevó la cena y Martín le preguntó con empeño si no habían dispuesto nada respecto á él, si pensaban tenerlo encerrado sin motivo alguno.

El carcelero se encogió de hombros y se retiró en seguida tarareando.

Inmediatamente que Zalacaín se vió sólo se puso manos á la obra.

Tenía la absoluta seguridad de poderse escapar. Sacó el cortaplumas y comenzó á cortar las dos mantas de arriba á abajo. Hecho esto fué atando las tiras una á otra hasta formar una cuerda de quince brazas. Era lo que necesitaba.

Después pensó en dejar un recuerdo alegre y divertido en la cárcel. Cogió la cantarilla del agua y le puso su boina y la dejó envuelta en el trozo que quedaba de manta.

—Cuando se asome el carcelero podrá creer que sigo aquí durmiendo. Si gano con esto un par de horas, me pueden servir admirablemente para escaparme.

Contempló el bulto con una sonrisa, luego subió á la reja, ató un cabo de la cuerda á los dos barrotes y el otro extremo lo echó fuera poco á poco. Cuando toda la cuerda quedó á lo largo de la pared, pasó el cuerpo con mil trabajos por la abertura que dejaba el barrote arrancado y comenzó á descolgarse resbalándose por el muro.

Cruzó por delante de una ventana iluminada. Vió á alguien que se movía á través de un cristal. Estaba á cuatro ó cinco metros de la calle cuando oyó ruído de pasos. Se detuvo en su descenso y ya comenzaban á dejar de oírse los pasos, cuando cayó á tierra, metiendo algún estrépito.

Uno de los nudos debía de haberse soltado porque le quedaba un trozo de cuerda entre los dedos. Se levantó.

—No hay avería. No me he hecho nada—se dijo.—Al pasar por cerca de la fuente de la plaza tiró el resto de la cuerda al agua. Luego, deprisa, se dirigió por la calle de la Rua.

Iba marchando volviéndose para mirar atrás cuando vió á la luz de un farol que oscilaba colgando de una cuerda dos hombres armados con fusiles, cuyas bayonetas brillaban de un modo siniestro. Estos hombres sin duda le seguían. Si se alejaba iba á dar á la guardia de extramuros. No sabiendo qué hacer y viendo un portal abierto, entró en él, y empujando suavemente la puerta, la cerró.

Oyó el ruido de los pasos de los hombres en la acera. Esperó á que dejaran de oírse, y cuando estaba dispuesto á salir, bajó una mujer vieja al zaguán y echó la llave y el cerrojo de la puerta.

Martín se quedó encerrado. Volvieron á oírse los pasos de los que le perseguían.

—No se van—pensó.

Efectivamente, no sólo no se fueron sino que llamaron en la casa con dos aldabonazos.

Apareció de nuevo la vieja con un farol y se puso al habla con los de fuera sin abrir.

—¿Ha entrado aquí algún hombre?—preguntó uno de los perseguidores.

—No.

—¿Quiere Vd. verlo bien? Somos de la ronda.

—Aquí no hay nadie.

—Registre Vd. el portal.

Martín al oír esto, agazapándose, salió del portal y ganó la escalera. La vieja paseó la luz del farol por todo el zaguán y dijo :

—No hay nadie, no, no hay nadie.

Martín pretendió volver al zaguán, pero la vieja puso el farol de tal modo, que iluminaba el comienzo de la escalera. Martín no tuvo más remedio que retirarse hacia arriba y subir los escalones de dos en dos.

—Pasaremos aquí la noche—se dijo.

No había salida alguna. Lo mejor era esperar á que llegase el día y abriesen la puerta. No quería exponerse á que lo encontraran dentro estando la casa cerrada, y aguardó hasta muy entrada la mañana.

Serían cerca de las nueve cuando comenzó á bajar las escaleras cautelosamente. Al pasar por el primer piso vió en un cuarto muy lujoso, y extendido sobre un sofá, un uniforme de oficial carlista, con su boina y su espada. Tenía tal convencimiento Martín de que sólo á fuerza de audacia se salvaría, que se desnudó con rapidez, se puso el uniforme y la boina, luego se ciñó la espada, se echó el capote por encima y comenzó á bajar las escaleras, taconeando. Se encontró con la vieja de la noche anterior y al verla la dijo :

—¿Pero no hay nadie en esta casa?

—¿Qué quería Vd? No le había visto.

—¿Vive aquí el comandante D. Carlos Ohando?

—No, señor, aquí no vive.

—¡Muchas gracias!

Martín salió á la calle, y embozado y con aire conquistador se dirigió á la posada en donde vivía Bautista.

—¡Tú!—exclamó Urbide.—¿De dónde sales con ese uniforme? ¿Qué has hecho en todo el día de ayer? Estaba inquieto. ¿Qué pasa?

—Todo lo contaré. ¿Tienes el coche?

—Sí, pero.....

—Nada, traételos en seguida, lo más pronto que puedas. Pero á escape.

Martín se sentó á la mesa y escribió con lápiz en un papel : «Querida hermana. Necesito verte. Estoy herido gravísimo. Ven inmediatamente en el coche con mi amigo Zalacaín. Tu hermano, Carlos.»

Después de escribir el papel, Martín se paseó con impaciencia por el cuarto. Cada minuto le parecía un siglo. Dos horas larguísima tuvo que estar esperando con angustias de muerte. Al fin, cerca de las doce, oyó un ruido de campanillas.

Se asomó al balcón. Á la puerta aguardaba un coche tirado por cuatro caballos. Entre éstos distinguió Martín los dos jacos en cuyos lomos fueron desde Zumaya hasta Estella. El coche, un landó viejo y destalado, tenía un cristal roto y uno de los faroles atado con una cuerda.

Bajó las escaleras Martín embozado en la capa, abrió la portezuela del coche y dijo á Bautista :

—Al convento de Recoletas.

Bautista, sin replicar, se dirigió hacia el sitio indicado.

Cuando el coche se detuvo frente al convento, Bautista, al salir Zalacaín, le dijo :

—¿Qué disparate vas á hacer? Reflexiona.

—¿Tú sabes cuál es el camino de Logroño?—preguntó Martín.

—Sí.

—Pues toma por allá.

—Pero.....

—Nada, nada, toma por allá. Al principio marcha despacio, para no cansar á los caballos, porque luego habrá que correr.

Hecha esta recomendación, Martín, muy erguido, se dirigió al convento.

—Aquí va á pasar algo gordo—se dijo Bautista preparándose para la catástrofe.

Llamó Martín, entró en el portal, preguntó á la hermana tornera por la señorita de Ohando y le dijo que necesitaba darle una carta. Le hicieron pasar al locutorio y se encontró allí con Catalina y una monja gruesa que era la superiora. Las saludó profundamente y preguntó :

—¿La señorita de Ohando?

—Soy yo.

—Traigo una carta para Vd. de su hermano.

Catalina palideció y le temblaron las manos de la emoción. La superiora, una mujer gruesa, de color de marfil, con los ojos grandes y oscuros como dos manchas negras que le cogían la mitad de la cara, y varios lunares en la barbillia, preguntó :

—¿Qué pasa? ¿Qué dice ese papel?

—Dice que mi hermano está grave.... que vaya—balbuceó Catalina.

—¿Está tan grave?—preguntó la superiora á Martín.

—Sí, creo que sí.

—¿En dónde se encuentra?

—En una casí de la carretera de Logroño—dijo Martín.

—¿Hacia Azqueta quizás?

—Sí, cerca de Azqueta. Le han herido en un reconocimiento.

—Bueno. Vamos—dijo la superiora.—Que venga también el señor Benito el demandadero.

Martín no se opuso y esperó á que se preparasen para acompañarlas. Al salir los cuatro á tomar el coche y al verles Bautista desde lo alto del pescante, no pudo menos de hacer una mueca de asombro. El demandadero montó junto á él.

—Vamos—dijo Martín á Bautista.

El coche partió; la misma superiora bajó las cortinas y sacando un rosario comenzó á rezar. Recorrió el coche la calle Mayor, atravesó el puente del Azucarero, la calle de San Nicolás, y tomó por la carretera de Logroño.

Al salir del pueblo una patrulla carlista se acercó al coche. Alguien abrió la portezuela y la volvió á cerrar en seguida.

—Va la madre superiora de las Recoletas á visitar á un enfermo—dijo el demandadero con voz gangosa.

El coche siguió adelante al trote lento de los caballos. Lloviznaba, la noche estaba negra, no brillaba ni una estrella en el cielo. Se pasó una aldea, luego otra,

—¡Qué lentitud!—exclamó la monja.

—Es que los caballos son muy malos—contestó Martín.

Pasaron deprisa otra aldea, y cuando no tenían delante ni atrás pueblos ni casas próximos, Bautista aminoró la marcha. Comenzaba á anochecer.

—¿Pero qué pasa?—dijo de pronto la superiora.—¿No llegamos todavía?

—Pasa, señora—contestó Zalacaín—que tenemos que seguir adelante.

—¿Y por qué?

—Hay esa orden.

—¿Y quién ha dado esa orden?

—Es un secreto.

—Pues hagan el favor de parar el coche porque voy á bajar.

—Si quiere Vd. bajar sola puede Vd. hacerlo.

—No, iré con Catalina.

—Imposible.

La superiora lanzó una mirada furiosa á Catalina, y al ver que bajaba los ojos, exclamó :

—¡Ah! estaban entendidos.

—Sí, estamos entendidos—contestó Martín.—Esta señorita es mi novia y no quiere estar en el convento, sino casarse conmigo.

—No es verdad, yo lo impediré.

—Usted no lo impedirá porque no podrá impedirlo.

La superiora se calló, siguió el coche en su marcha pesada y monótona por la carretera. Era ya media noche cuando llegaron á la vista de Los Arcos.

Doscientos metros antes detuvo Bautista los caballos y saltó del pescante.

—Tú—le dijo á Zalacaín en vascuence—tenemos un caballo aspeado, si pudieras cambiarlo aquí.....

—Intentaremos.

—Y si se pudieran cambiar los dos sería mejor.

—Voy á ver. Cuidado con el demandadero y con la monja, que no salgan.

Desenganchó Martín los caballos y fué con ellos á la venta.

Le salió al paso una muchacha redondita, muy bonita y de muy mal humor. Le dijo Martín lo que necesitaba, y ella replicó que era imposible, que el amo estaba acostado.

—Pues hay que despertarle.

Llamaron al posadero y éste presentó una porción de obstáculos, adujo toda clase de pretextos, pero al ver el uniforme de Martín se avino á obedecer y mandó despertar al mozo. El mozo no estaba.

—Ya ve Vd., no está el mozo.

—Ayúdeme Vd., no tenga Vd. mal genio—le dijo Martín á la muchacha tomándole la mano y dándole un duro.—Me juego la vida en esto.

La muchacha guardó el duro en el delantal, y ella misma sacó dos caballos de la cuadra y fué con ellos cantando alegremente :

La Virgen del Puy de Estella
le dijo á la del Pilar :
Si tú eres aragonesa
yo soy navarra y con sal.

Martín pagó al posadero y quedó con él de acuerdo en el sitio en donde tenía que dejar los caballos en Logroño.

Entre Bautista, Martín y la moza reemplazaron el tiro por completo. Martín acompañó á la muchacha y cuando la vió sola la estrechó por la cintura y la besó en la mejilla.

—¡También Ud. es posma!—exclamó ella con desgarro.

—Es que Vd. es navarra y con sal y yo quiero probar de esa sal—replicó Martín.

—Pues tenga Vd. cuidado no le haga daño. ¿Quién lleva Vd. en el coche?

—Unas viejas.

—¿Volverá Vd. por aquí?

—En cuanto pueda.

—Pues, adiós.

—Adios, hermosa. Oiga Vd. Si le preguntan por dónde hemos ido, diga Vd. que nos hemos quedado aquí.

—Bueno, así lo haré.

El coche pasó por delante de Los Arcos. Al llegar cerca de Sansol, cuatro hombres se plantaron en el camino.

—¡Alto!—gritó uno de ellos que llevaba un farol.

Martín saltó del coche y desenvainó la espada.

—¿Quién es?—preguntó.

—Voluntarios realistas—dijeron ellos.

—¿Qué quieren?

—Ver si tienen Vdes. pasaporte.

Martín sacó su salvoconducto y lo enseñó. Un viejo, de aire respetable, tomó el papel y se puso á leerlo.

—¿No ve Vd. que soy oficial?—preguntó Martín.

—No importa—replicó el viejo.—¿Quién va adentro?

—Dos madres Recoletas que marchan á Logroño.

—¿No saben Vds que en Viana están los liberales?—preguntó el viejo.

—No importa, pasaremos.

—Vamos á ver á esas señoras—murmuró el vejete.

—¡Eh, Bautista! Ten cuidado—dijo Martín en vasco.

Descendió Urbide del pescante y tras él saltó el demandadero. El viejo jefe de la patrulla abrió la portezuela del coche y echó la luz del farol al rostro de las viajeras.

—¿Quiénes son Vdes.?—preguntó la superiora con presteza.

—Somos voluntarios de Carlos VII.

—Entonces, que nos detengan. Estos hombres nos llevan secuestradas.

No acababa de decir esto, cuando Martín dió una patada al farol que llevaba el viejo, y después de un empujón, echó al anciano respetable á la cuneta de la carretera. Bautista arrancó el fusil á otro de la ronda, y el demandadero se vió acometido por dos hombres á la vez.

—¡Pero si yo no soy de estos! Yo soy carlista—gritó el demandadero.

Los hombres convencidos se echaron sobre Zalacaín, éste cerró contra los dos; uno de los voluntarios le dió un bayonetazo en el hombro izquierdo y Martín, furioso por el dolor, le tiró una estocada que le atravesó de parte á parte.

La patrulla se había declarado en fuga, dejando un fusil en el suelo.

—¿Estás herido?—preguntó Bautista á su cuñado.

—Sí, pero creo que no es nada. Hala, vámonos.

—¿Llevamos este fusil?

—Sí, quítale la cartuchera á ese que yo he tumbado, y vamos andando.

Bautista entregó un fusil y una pistola á Martín.

—Vamos ¡adentro!—dijo Martín al demandadero.

Éste se metió temblando en el coche, que partió, llevado al galope por los caballos. Pasaron por enmedio de un pueblo. Algunas ventanas se abrieron y salieron los vecinos creyendo sin duda que pasaba un furgón de artillería. A la media hora Bautista se paró. Se había roto una correa y tuvieron que arreglarla, haciéndole un agujero con el cortaplumas. Estaba cayendo un chaparrón que convertía la carretera en un barrizal.

—Habrá que ir más despacio—dijo Martín.

Efectivamente, comenzaron á marchar más despacio, pero al cabo de un cuarto de hora se oyó á lo lejos como un galope de caballos. Martín se asomó á la ventana; indudablemente los perseguían.

El ruido de las herraduras se iba acercando por momentos.

—¡Alto! ¡Alto!—se oyó gritar.

Bautista azotó los caballos y el coche tomó una carrera vertiginosa. Al llegar á las curvas, el viejo landó se torcía y rechinaba como si fuera á hacerse pedazos. La superiora y Catalina rezaban; el demandadero gemía en el fondo del coche.

—¡Alto! ¡Alto!—gritaron de nuevo.

—¡Adelante, Bautista! ¡Adelante!—dijo Martín, sacando la cabeza por la ventanilla.

En aquel momento sonó un tiro, y una bala pasó silbando á poca distancia. Martín cargó la pistola, vió un caballo y un jinete que se acercaban al coche, hizo fuego y el caballo cayó pesadamente al suelo. Los perseguidores dispararon sobre el coche, que fué atravesado por las balas. Entonces Martín cargó el fusil y, sacando el cuerpo por la ventanilla, comenzó á hacer disparos atendiendo al ruido de las pisadas de los caballos; los que les seguían disparaban también, pero la noche estaba negra y ni Martín ni los perseguidores afinaban la puntería. Bautista, agazapado en el pescante, llevaba los caballos al galope; ninguno de los animales estaba herido, la cosa iba bien.

Al amanecer cesó la persecución. Ya no se veía á nadie en la carretera.

—Creo que podemos parar—gritó Bautista. ¿Eh? Llevamos otra vez el tiro roto. ¿Paramos?

—Sí, pára—dijo Martín—no se ve á nadie.

Paró Bautista, y tuvieron que componer de nuevo otra correa.

El demandadero gemía y rezaba en el coche, Zalacaín le hizo salir de dentro á empujones,

—Anda, al pescante—le dijo—¿Es que tú no tienes sangre en las venas, sacristán de los demonios?—le preguntó.

—Yo soy pacífico y no me gusta mezclarme en estas cosas ni hacer daño á nadie—contestó refunfuñando.

—¿No serás tú una monja disfrazada?

—No, soy un hombre.

—¿No te habrás equivocado?

—No, soy un hombre, un pobre hombre, si le parece á Vd. mejor.

—Eso no impedirá que te metan unas píldoras de plomo en esa grasa fría que forma tu cuerpo.

—¡Qué horror!

—Por eso debes comprender, hombre linfático, que cuando se encuentra uno en el caso de morir ó de matar, no puede uno andarse con tonterías ni con rezos.

Las palabras rudas de Martín reanimaron un poco al demandadero.

Al subir Bautista al pescante, le dijo Martín :

—¿Quieres que guíe yo ahora?

—No, no. Yo voy bien. Y tú, ¿cómo tienes la herida?

—No debe de ser nada.

—¿Vamos á verla?

—Luego, luego, no hay que perder tiempo.

Martín abrió la portezuela, y al sentarse, dirigiéndose á la superiora, dijo :

—Respecto á Vd., señora, si vuelve Vd. á chillar, la voy á atar á un árbol y á dejarla en la carretera.

Catalina, asustadísima, lloraba. Bautista subió al pescante y el demandadero con él. Comenzó el carroaje á marchar despacio, pero al poco tiempo volvieron á oírse como pisadas de caballos.

Ya no quedaban municiones, los caballos del coche estaban cansados.

—Vamos, Bautista, un esfuerzo—gritó Martín, sacando la cabeza por la ventanilla.—¡Así! Echando chispas.

Bautista, excitado, gritaba y chasqueaba el látigo. El coche pasaba con la rapidez de una exhalación, y pronto dejó de oírse detrás el ruido de pisadas de caballos.

Ya estaba clareando; nubarrones de plomo corrían á impulsos del viento, y en el fondo del cielo rojizo y triste del alba se adivinaba un pueblo en un alto. Debía de ser Viana.

Al acercarse á él, el coche tropezó con una piedra, se soltó una de las ruedas, la caja se inclinó y vino á tierra. Todos los viajeros cayeron revueltos en el barro. Martín se levantó primero y tomó en brazos á Catalina.

—¿Tienes algo?—la dijo.

—No, creo que no—contestó ella, gimiendo.

La superiora se había hecho un chichón en la frente, y el demandadero, dislocado una muñeca.

—No hay averías importantes—dijo Martín.—¡Adelante!

Los viajeros entonaban un coro de quejas y de lamentos.

—Desengancharemos y montaremos á caballo—dijo Bautista.

—Yo, no. Yo, no me muevo de aquí—replicó la superiora.

La llegada del coche y su batacazo no habían pasado inadvertidos, porque pocos momentos después avanzó del lado de Viana media compañía de soldados.

—Son los *guiris*—dijo Bautista á Martín.

—Me alegro.

La media compañía se acercó al grupo :

—¡Alto!—gritó el sargento.—¿Quién vive?

—España.

—Dáos prisioneros.

—No nos resistimos.

El sargento y su tropa quedaron asombrados al ver á un militar carlista, á dos monjas y á sus acompañantes llenos de barro.

—Vamos hacia el pueblo—les ordenaron.

Todos juntos, escoltados por los soldados, llegaron á Viana.

Un teniente que apareció en la carretera, preguntó :

—¿Qué hay, sargento?

—Traemos prisioneros á un general carlista y á dos monjas.

Martín se preguntó por qué le llamaba el sargento general carlista, pero al ver que el teniente le saludaba, comprendió que el uniforme, cogido por él en Estella, era de un general.

CRÓNICA Y COMENTARIOS DEL PAÍS VASCO, POR JOSÉ M.^A DONOSTY

La venida al Poder del Sr. Canalejas, traía implícitamente para los liberales españoles la promesa de una era de franca labor democrática, acorde con las tantas y tan elocuentemente pronunciadas promesas del demócrata republicano.

Es indudable, pues la experiencia nos lo va demostrando, que es muy distinto prometer en la Oposición que obrar en el Poder. La Oposición á nada compromete; su labor es una labor perfectamente irresponsable en el terreno material, ya que en el moral lo sea tanto ó más que la que incumbe al Gobierno en funciones. Pero cuando la Oposición se trueca en Poder, ¡qué distintas aparecen las cuestiones y cuán infactibles los propósitos elocuentemente enunciados al calor de la pasión y espoleados por el aplauso de los parciales!

Échase de ver, además, en estos reiterados casos, que al tomar las riendas del País los turnantes opositores, no encaminan sus esfuerzos á la ejecución de la médula substancial de sus respectivos programas, sino antes bien á la realización ó asomos de realización de aquella parte del programa de menos eficacia íntimamente social, y más en consonancia con la esencia de los principios políticos que les dividen de las otras fracciones políticas de la controversia española. Algo se han ido deslindando los campos de estas fracciones en estos últimos tiempos, quedando la política española reducida á dos grandes, potentes agrupaciones, que han de contribuir, indudablemente, á la mejor inteligencia política, ó al desastre más resonante y formidable. La política española, aun conservando una porción de matices diversos, ha quedado francamente definida en liberal y conservadora. Ahora bien :

aun dejando de lado intencionadamente, por la calidad de esta Revista, la apreciación á que se presta este hecho, ¿no sería ingenuo aparentar indiferencia ante este caso de definición categórica de impulsos nacionales?

Canalejas, al tornar al Poder después de muchos años de postergación, debida precisamente á sus tendencias marcadamente antirreligiosas, ascendía las gradas del Gobierno enarbolando la misma maltrecha bandera que años atrás fué causa de su caída. Era la subida al Poder del Sr. Canalejas el entronizamiento de lo más neto de la democracia, que en la persona del presidente tenía puestos todos sus anhelos y todas sus esperanzas. Pero el gobierno democrático ¿había llenado en sus primeros pasos la expectación de sus secuaces? ¿Era, en efecto, el gobierno de la presidencia de Canalejas, el gobierno que había de llevar á cabo la cuestión religiosa, la cuestión más trascendental del partido, la cuestión más batallona y fundamental de la democracia española? Confesemos paladinamente que la desconfianza, el recelo y la suspicacia, comenzaban á formar una aureola de desconcierto alrededor del llamado gobierno democrático, más por el prestigio de su presidente que por los hechos nulos que se acertaban á ver. En este estado de espíritu por parte de los elementos llamados democráticos en el país, y en un estado de expectación y de reserva por las derechas españolas, es cuando surgió la cuestión religiosa, con pretextos de los cuales hacemos caso omiso, por conocerlos indudablemente el lector. Esta cuestión tomó caracteres enérgicos y viriles en el pueblo vizcaíno, que á la sazón atravesaba y aun atravesía, por un estado anormal y lamentable á causa de la huelga de las minas, iniciada ya en el mes anterior.

Los católicos vizcaínos se levantaron en enérgica protesta contra el Gobierno, y una junta de caballeros organizó en Bilbao una manifestación que el gobierno democrático creyó oportuno no consentir. Fundábase esta extraña resolución por parte de un gobierno, á cuya cabeza se halla un hombre que tanto ha blasonado de liberal, en la situación anormal de la capital de Vizcaya, en la que los ánimos se hallaban un tanto excitados por la latente cuestión de la huelga minera. No era, por lo visto, suficiente á garantir el orden la índole de los manifestantes, que antes de ahora han demostrado su sensatez y cordura en análogos actos ciudadanos; ni eran, por lo visto, suficientes los veintitantes mil hombres de ejército que á la sazón guarnecen Vizcaya; de todos modos, la manifestación quedaba de hecho no tolerada y el derecho de manifestarse mutilado.

Esta suspensión levantó en todas las provincias vascongadas y en la católica Navarra, un grito de indignación y protesta, y consecuentes con sus principios indomables é integérrimos, se formaron en las cuatro capitales de la región vasconavarra cuatro Juntas organizadoras de una manifestación grandiosa, que había de celebrarse, como lugar más propincuo y apropiado, en San Sebastián. Se llevaron los trabajos preliminares al efecto con harta facilidad, dado el entusiasmo que en las filas católicas reinaba por concurrir á tan solemne acto; y pedida la competente autorización, se llevaron á efecto una porción de trabajos de índole material, como el transporte de los manifestantes por los medios más expeditivos, con la formación de trenes especiales y por medio de embarcaciones, el núcleo de la costa cantábrica.

Y he aquí que cuando se hallaban ya ultimados todos estos preparativos; cuando se contaba ya con toda suerte de facilidades y se hallaban ultimados contratos para alojamiento de tan innúmera multitud, el gobierno prohíbe la manifestación, alegando como motivo justificable la inoportunidad de celebrar en San Sebastián, en época del verano, manifestación alguna. No fué óbice la exposición de manifestación análoga celebrada por los radicales en este mismo verano; ni fué óbice la promesa de las Juntas respectivas al garantir el orden : la manifestación quedaba nuevamente suspendida, los contratos rotos, la libertad á merced de razones harto discutibles de conveniencia. Pero la actitud del gobierno necesitaba alguna explicación; y la explicación la constituyó el envío de un número considerable de fuerza armada, que se distribuyó por los puntos más estratégicos de las provincias vascongadas y Navarra, que, como era de esperar, no tuvo nada que hacer. El domingo pasado, 7 de Agosto, fecha indicada para la celebración del acto de los católicos, transcurrió, tanto en San Sebastián como en el resto de la región, en calma absolutas. Pero no fué escasa la indignación de los ánimos al conocer los sucesos desarrollados la noche anterior en la capital de Guipúzcoa, so pretexto de gritos antipatrióticos lanzados por individuos afiliados al partido nacionalista vasco.

¿Se dieron, efectivamente, estos gritos punibles y execrables? ¿Ó fué solo una ficción de unos cuantos exaltados, cuya tensión de nervios llegó al extremo de imputar á personas dignísimas y respetables palabras antipatrióticas que se hallaban muy lejos de pronunciar ni sentir? Ello es lo cierto que la totalidad de los detenidos, en número de ciento y pico, han sido ya excarcelados, lo cual demuestra bien evi-

dentemente cuánta parte de pasión hubo en este incidente, que los partidarios del *régimen democrático y libre* se encargaron de henchir, para de esta guisa justificar la acción del Gobierno, acumulando tal cantidad de soldados para la, en realidad, tan liviana y sencilla cuestión.

Queda la cuestión latente, de todas suertes. Ahora bien: ¿se llevarán á efecto los planes marcadamente antirreligiosos del actual gobierno? Es probable que no. La efímera vida de los gobiernos españoles y la hábil diplomacia de Roma de alargar decisiones concluyentes, son alguna garantía del *statu quo* de la cuestión religiosa en España. Ha servido, sin embargo, el actual conflicto, para exteriorizar los procedimientos sustentados por los que, desde la Oposición, se mostraban tan liberales y demócratas, y una vez en el Poder han llegado á oponerse tan resueltamente, categórica y decisivamente á la celebración de una manifestación, que de tolerarse sin más complicaciones al ser demandada, no hubiera llegado á patentizar tan gráficamente el espíritu de la región vasconavarra.

* * *

La huelga minera de Bilbao parece solucionada. Ha sido esta huelga uno de esos estados anormales de la vida social, en que la intransigencia ha jugado principal papel. Pero la cuerda tirante de la intransigencia, impulsada por dos fuerzas diametralmente opuestas, no ha llegado á romperse, merced á que la mutua conveniencia ha aflojado un poco por cada lado, restableciendo la normalidad. Los mineros han tornado á sus trabajos, después de largos días de miseria, de hambre, de inquietud (1).

Pero el caso presente ha de repetirse. Bilbao es una de esas poblaciones donde se han encontrado las dos cosas más antagónicas que existen sobre la tierra: la riqueza excesiva y la pobreza excesiva también. Y como el carácter bilbaíno, por una porción de causas, es altivo y fuerte, he aquí que si la riqueza ha adoptado allí un aire poderoso y retador, también la miseria se ha manifestado en aire de amenaza y

(1) Al escribirse este comentario, la huelga parecía solucionada mediante la transigencia de patronos y obreros, cuya fórmula de transición fué propuesta por el Gobierno, bajo la promesa por parte de éste, de buscar al abrirse el Parlamento, una fórmula definitiva, concluyente y categórica en esta latente cuestión. La actitud intransigente adoptada por la representación de los huelguistas, ha sido causa de que las negociaciones fracasen, prolongando un estado de anormalidad, de miseria y de hambre, cuyos resultados han de ser fatales y dolorosos, indudablemente.—*N. del A.*

reto. Bilbao es un campo de batalla; un campo de batalla donde aun en sus épocas de normalidad y calma, existe una fuerza oculta, misteriosa y sutil, que trasciende á tragedia. Su ambiente moral está inflamado de electricidad, tal como su ambiente atmosférico lo está igualmente. Basta levísimo choque para que la tempestad se desate en violencias, que nadie en la invicta villa trata de suavizar. Los partidos políticos entablan contiendas que terminan á tiros; las cuestiones religiosas y antirreligiosas acaban también á tiros; las diferencias sociales, las cuestiones obreras, acaban á tiros también, todo bajo un cielo oscuro, grís, donde brillan relámpagos y retumban truenos. Su topografía es asimismo dura, anárquica; la bate un mar que es la expresión asimismo de la fuerza, de la violencia, del ímpetu. Y tal vez por toda esta porción de accidentes, es por lo que la personalidad social bilbaína se ofrece tan llena de contrastes, que se diferencian por su acometividad, por su ímpetu, por su violencia. Esto, que tal vez demuestre la potencialidad vital de un pueblo, tiene en cambio las quiebras que la capital vizcaína cierne sobre sí. El temperamento impulsivo y acometedor es fructífero cuando está desposeído de jactancia, de petulancia; pero cuando esta modalidad característica se reviste de soberbia y engreimiento, da por resultado el conflicto, la tensión y la intransigencia. Esto acontece en Bilbao. Un capitalista se cree allí un multimillonario norteamericano: reta con su lujo, sus carrozas, sus palacios, sus fiestas; un mísero obrero se cree, en cambio, una cosa transcendental y decisiva; cree que sin él es imposible todo y en el fondo de su ser existe un hombre impulsivo, fuerte, atiborrado de derechos y capaz de los mayores extremos.

La conjunción de estas fuerzas antagónicas da por resultado el Bilbao que todos conocemos.

Bilbao es la fuerza. En cualquier lugar que exista un bilbaíno, existirá un hombre paradigmático, personal, impulsivo y acometedor. Si esto es un bien ó un mal, díganlo los sociólogos. El cronista y el comentador se limitan á poner de relieve somera y circunstancialmente esta característica, que, por su parte, cree ser la promotora de la prosperidad bilbaína, con reservas mentales, por supuesto.

* * *

El 15 de Agosto en San Sebastián, es algo que no cabe expresarse en una impresión literaria: la luz del cielo y la alegría de la tierra son

tantas en ese día, que fuera menester poseer un talento eminentemente perceptivo primero y eminentemente detallista después, para envolver los mil contrastes de luz y de armonía que en ese día flotan en el ambiente, en un aura de poesía y encanto verdaderamente sublimes. Es el día grande por excelencia, el día rotundo y sonoro, el día que brilla el sol con mayor esplendor y el cielo parece ofrecerse como una oriental bóveda de purísimo y fuerte azul. Y bajo ese cielo del centro de Agosto, ¡cómo bulle la ciudad! La ciudad retumba en un máximo transporte de alegría; hienden los cohetes el aire; vibran las músicas, corre la multitud; es el día máximo del año, cuando, como acertadamente ha dicho un panegirista de este feliz pedazo de tierra, no es posible estar triste, ni llorar, ni aun morirse. ¿A quién se le ocurrirá morir en este épico día? Este día es para San Sebastián un día verdaderamente fundamental; es como una institución, como la consagración de todo el veraneo, como el ciclo que marca con su fecha gloriosa toda su suerte de afanes. El 15 de Agosto es para San Sebastián un día fundamental. Todos sus sacrificios por crear una población culta y adelantada; todas sus iniciativas en un sentido marcadamente progresivo; todos los anhelos de todo el año, de muchos años, hallan en este día su glorificación, porque el 15 de Agosto, por mucho esplendor que cuando quiera se derroche, nunca podrá ser sobrepujado. Los hoteles en este día están plenos; las casas de huéspedes abarrotadas; los *restaurants* en las horas de las comidas, henchidos; los cafés extienden á lo largo de las calles sus dominios; los paseos son una bendición de Dios, que ha derramado por ellos tanta hermosura, tanto personal y mujerío, y sobre esta amalgama de cosas resonantes y tumultuosas, ¡con qué riqueza se espacia el radiante sol de la plena canícula, desde lo alto del cielo azul, sobre la tierra henchida de alegría! El mar canta rumorosamente sobre las doradas playas; se balancean al suave soplo del viento los aéreos balandros; destácanse sobre el límpido cielo las verdes y propincuas montañas; y cuando los trenes han volcado sobre la ciudad su caudal innúmero de romeros de la grande fiesta, el ambiente se inflama de fuego, de ese fuego que en España sólo se siente ante la épica fiesta de los toros. Corre por la ciudad un reguero de entusiasmo y de optimismo; retumban los automóviles estruendosamente; restallan las fustas, galopan los caballos, ruedan velozmente los coches y el pavimento trepida bajo la multitud de resonantes cosas que pasan y pasan sin tregua, hacia la

plaza, en un desfile multicolor, brillante, armonioso y cegador. La corrida de toros del 15 de Agosto de San Sebastián, tiene que ser necesariamente soberbia. Los toros son los mejores, los toreros los mejores también; no cabe un solo espectador más; los más ricos atavíos lucen allí, bajo el oro del sol; y desde el espectador más humilde, que suele ser el arriesgado pescador, que no pierde esta corrida por cuanto hay de bueno en el mundo, hasta el encopetado aristócrata, existe un escalafón de tanta variedad de gentes optimistas y satisfechas en ese instante, que necesariamente han de aplaudir. ¿Y los toreros? ¿Qué cantidad de egoísmo no atesoran los toreros para derrocharlo en este día?

Las características del 15 de Agosto se pueden condensar en esta forma: día espléndido, alto cielo azul, fuerte sol, bochorno; el consolador anuncio: «hará buen tiempo». Desde bien mañana, músicas que recorren la ciudad al compás de toreros pasodobles, trenes que llegan abarrotados, gente que llega bulliciosa y con ganas de tirar dinero, piropos y una cana al aire; franceses que compran postales, abanicos españoles de subido color, y panderetas y castañuelas; francesitas muy lindas, muy llamativas y muy frescas; la tropa que va á misa, el desfile y la media mañana por filo.

La media mañana propicia para el baño y para el matinal paseo; dulce y grata sombra bajo los tamarindos de la Concha, bajo los toldos de la playa.

El medio día del *boulevard*. Algo que no puede escribirse, porque el *boulevard*, rebosante de esplendor, de gente, de luz, de ruido, de música, requiere todo un poema.

Las comidas de este día son dignas de que escrupuloso cronista las comente. Y llega, tras ellas, la fiesta de los toros; trepida la ciudad, el cielo está más alto y azul, el sol caldea.

Seis de la tarde: la terraza del Casino, la Concha; sobre todo, los apasionados comentarios. Las ocho de la noche: el concierto del *boulevard*. La poesía, el encanto de la vida y la alegría de los ojos.

Y después de la cena alborotada y rápida, pues así requiere este día, nuevamente la poesía del *boulevard*, del parque Alderdi-eder, de la terraza radiante del Casino. Los fuegos artificiales, que desde chicos estamos contemplando y nunca nos hartamos de ver. Y al encenderse de nuevo los apagados focos, el cotillón.

.

Las altas horas de la noche llegan sobre la bulliciosa ciudad; silban los trenes, en la melancolía del silencio nocturno; ruedan cautelosa y aristocráticamente los automóviles; desfilan las damas vestidas de brocados y adornadas de fúlgidas preseas; parpadean los arcos voltaicos; la ciudad va á dormir. ¡Oh la poesía de esta hora silenciosa, en que San Sebastián, la ciudad feliz, va á entornar los párpados para dormir rumorosamente arrullada por el rítmico y eterno oleaje de la mar, su eterna compañera!

El cielo estrellado la cobija; blando viento amoroso la mece; y el silencio, sólo burlado de tarde en tarde por el sonoro tañido de un reloj, ha extendido sobre ella su dedo sigiloso, vigilante, solícito y amoroso.....

* * *

Abundando en las ideas expuestas en la primera parte de mis «Comentarios», del número anterior, he de hacer, sin embargo, algunas breves consideraciones á propósito de esta Revista. No achaco yo su decadencia y su actual estado de inercia á los que, hasta hoy, han gobernado en ella. Un espíritu sutil habrá podido entrever en las consideraciones que sobre este particular enunciaba en el número pasado, una queja amarga, es verdad, pero no una imputación contra los directores que hasta hoy han ejercido en estas páginas supremacía y mando. Era aquélla una lamentación contra el actual estado de esta publicación, ciertamente, y una lamentación un tanto amarga y violenta. Pero la culpa de este lamentable estado de cosas, lástima causa decirlo, ¿de dónde proviene, sino de la indiferencia con que aquí se acogen estos latidos espirituales, estos movimientos intelectuales? Por mucho que sea el entusiasmo de los que en estas empresas intervienen; por grande que sea el celo y el ánimo y el optimismo y la tenacidad de sus sacerdotes, el culto de esta religión del Arte es tan menguado, tan frío, tan desolador, que, realmente, se necesita estar templado en el yunque de un ideal superior para no cejar en estas aventuras desventuradas, en las que sólo se recogen amarguras, desvíos, soledades y gestos de mala educación. No nos mordamos la lengua: esta es la verdad, esta es la realidad de las cosas. Por eso es tanto más de admirar, por los que, colocados en un plano superior de ideas, distamos más que la turbamulta del fangoso ambiente de la triquiñuela, á los que, como el inolvidable fundador de esta Revista,

el gran Manterola, dió vida á una publicación de este género, verdadera palanca que ha desentrañado el espíritu vascongado, iniciándolo en las maravillas del Arte; á los que, como aquel espíritu delicado, sutil y sencillamente admirable por su bondad, ingenuidad, frescura y talento, que se llamó en vida Antonio Arzá, han desparramado por estas páginas tanta delicadeza, tanta savia de ingenio, iniciando en el país un movimiento de simpatía por la poesía lírica, de la cual fué denodado iniciador y en la que descolló entre los mejores poetas vascongados; á los que, como el malogrado López Alén, enfermo, achacoso, débil y desvaído, puso sus últimos entusiasmos al servicio de estas páginas, hasta morir. Realmente, ¿cómo imputar á este tríptico de hombres arriesgados, ilustres y buenos, cómo imputar del estado anémico de la EUSKAL-ERRIA, cuando ellos fueron precisamente sus más denodados mantenedores, en medio de la indiferencia pública, de la total despreocupación de esa esfinge de doscientas patas (ya que no monstruo de cien cabezas) que se llama *respetable público*?

Así, pues, como en los discursos académicos, hemos creído un deber rendir un tributo de admiración y cariño á nuestros antecesores que, como con frase gráfica y oportuna ha dicho Alfredo de Laffitte, constituyen las columnas sobre las que descansa este monumento de las letras euskaras, que se llama la Revista EUSKAL-ERRIA. Tres nombres, cuyo recuerdo perdurará nimbado de una aureola de admiración y cariño; tres nombres que, á falta de otros homenajes, tendrán entre nosotros, tendrán en estas páginas, tendrán en nuestro corazón, un culto, una religión, un huerto de flores.

Y puestos ya á hablar de nosotros, los que animosos y llenos de brios y fe intentamos llevar á cabo una revolución fundamental en esta república; y puestos ya á hablar de la EUSKAL-ERRIA, hagamos extensivo nuestro afecto para todos aquellos colaboradores que, alentados de un ferviente amor al país, han contribuído generosamente á ilustrar estas páginas con el fruto de sus entusiasmos. Á todos tendremos la mano y á todos invitamos á proseguir en esta empresa, que deseamos llegue á alcanzar una expansión verdaderamente popular, y para la cual es menester un poco de sacrificio por parte de todos, para llegar al fin que todos ansiamos.

MISCELÁNEAS HISTÓRICAS

DOCUMENTOS REFERENTES A LA INVASION FRANCESAS EN GUI- PÚZCOA (1794-95), POR EL MARQUÉS DE SEOANE

(CONTINUACIÓN)

Les Représentants du Peuple près l'armée des Pyrénées Occidentales :

Arrêtent que les piastres fortes quadruples et autres pièces d'or et d'argent trouvées chez Michelena c'y devant Alcalde de Saint-Sébastien et actuellement en dépôt dans la caisse du tresorier de la Commission municipale seront versées dans la caisse du Payeur Général de l'armée, après avoir déterminé leur valeur en monnaie de la République, à titre d'acompte de la somme de vingt sept mille reaux de veillon dont il était déteempteur appartenant au c'y devant ricomte de gange l'emigré français. — Saint-Sébastien le 15 Fructidor l'an 2^e de la République française, une et indivisible. — Signé: Pinet, aîné (1.^o Septiembre 1794).

Les Représentants du Peuple près l'armée des Pyrénées Occidentales :

Ordonnent au citoyen Mondutegny de se transporter sur le champ chez Zuaznavar, Tresorier de la Guerre, de vérifier la comptabilité, et de faire verser dans la caisse du Payeur Général de l'armée, toutes les sommes dont le dit Zuaznavar se trouvera dépositaire. — Saint-Sébastien le 19 Fructidor 2^e année Républicaine. — Signé: Pinet, aîné (5 Septiembre 1794).

Vu le procés verbal dressé par les Commissaires chargés de vérifier la comptabilité du Trésorier de la Guerre, délégué par le tiran de Madrid, dans la province de Guipuzcoa, les Représentants du Peuple ordonnent que le numéraire sera sur le champ versé dans la caisse du Payeur Général de l'armée, et que les effets dits royaux, resteront en dépôt entre les mains de la Commission municipale jusqu'à ce qu'on ait trouvé à les échanger. — Saint-Sébastien le 12 Fructidor l'an 2^e de la République française, une et indivisible. — Signé : Pinet, ainé (8 Septembre 1794).

L'inventaire des effets trouvés chez Castelar a été présenté au citoyen Pinet, Représentant du Peuple.

Les Représentants du Peuple près l'armée des Pyrénées Occidentales :

Autorisent la Commission municipale à faire vendre à l'Echelle les effets désignés dans le présent inventaire; la Commission prendra les mesures convenables pour que le jour déterminé pour la vente, soit connu à l'avance, à fin d'attirer le plus grand nombre de déurées possible. Le produit de cette vente sera versé dans les mains du Payeur Général en masse avec le procés verbal de vente, dont une expédition sera envoyée ceux Représentants du Peupl'. — Saint-Sébastien le 20 Fructidor l'an 2^e de la République française, une et indivisible.

La Commission municipale et de Surveillance établi à Saint-Sébastien, cinq caisses d'argenterie, et quinze balles de cuir que lui seront remises en dépôt, et par le citoyen la place officier municipale de Tolosa. — Saint-Sébastien le 20 Fructidor 2^e année Républicaine. — Signé : Pinet, ainé (6 Septembre 1794).

Vu l'extrait des délibérations de la Commission municipale et de Surveillance de Saint-Sébastien :

Les Représentants du Peuple, considérant que l'espagnol Lauzano est un homme suspect et dangereux qu'il faut s'empresser de faire sortir du territoire du pays conquis, et de vendre au sol du tiran de Madrid, où il pourra se livrer à son aire l'aristocratie et au fanatisme qui le dominent, arrêtent que Lauzano sera conduit aux avant-postes et

jetté hors du territoire conquis, préalablement la Commission municipale de Saint-Sébastien dressera un état du numéraire qu'il peut posséder soit en or, argent ou assignats, elle fera procéder sur le champ à l'estimation de tous ces meubles et marchandises et propriétés quelconques, la valeur de tous ces objets ainsi que le montant du numéraire dont il sera possesseur seront remis au dit Lauzano, en effets royaux espagnoles, le numéraire dont Lauzano est possesseur sera après le change versé dans la caisse du Payeur Général de l'armée, les drogues continues dans la boutique de Pharmacie seront mises à la disposition du Commissaire Ordonnateur pour être employées dans les hopiteaux de l'armée. — Saint-Sébastien le 22 Fructidor l'an 2^e de la République française, une et indivisible. — Signé : Pinet, aîné (8 Septembre 1794).

Les Représentants du Peuple autorisent la Commission à fournir au chef provisoire de la marine les meubles absolument nécessaires à son usage, et cela provisoirement dans ces meubles ne seront point compris aucune espèce de linge ni de glace, et autres objets de luxe. — Saint-Sébastien le 22 Fructidor l'an 2^e de la République française, une et indivisible. — Signé : Pinet, aîné.

(Se continuará).

EUSKAL-ERRIA

REVISTA VASCONGADA

— SAN SEBASTIÁN 30 DE AGOSTO DE 1910 —

31 DE AGOSTO

Al celebrarse hoy el aniversario de esta fecha, intensamente triste en los anales de la Ciudad, no podemos menos de asociarnos á las preces que la Iglesia eleva por el alma de aquellos paisanos nuestros que perecieron con sus propiedades en tan infiusta noche, víctimas del desenfreno de su aliado, entregado á todas las demencias de la destrucción, del alcohol y de las más bajas pasiones.

Hoy es día de dolor, como más tarde será el de triunfo al glorificar el heroísmo de los que, reunidos en Zubieta, acordaron la reedificación de nuestra Ciudad sobre las pavesas y escombros de la que desapareció en 1813.

Elevemos, pues, ahora, una plegaria al Cielo, que mañana será el día de los himnos, al cantar la resurrección de una Donostia construída más radiante por el amor imperecedero de sus hijos.

LITERATURA

CRÓNICA Y COMENTARIOS DEL PAÍS VASCO, POR JOSÉ M.^A DONOSTY

San Sebastián, 31 de Agosto. Para un donostiarra neto, esta fecha es una de esas fechas inolvidables é indelebles, que los años nunca la han de borrar. El día 31 de Agosto, bien cierto es que marca en la Historia una fecha dolorosa y triste : la fecha aquella en que un ejército alevé y aliado cayó sobre la pequeña ciudad amurallada, arrasándola, reduciéndola á escombros, después de los desmanes y desenfrenos de la soldadesca, cuya concupiscencia llegó á los más horribles extremos de violación y desenfreno. Precisamente, cuando la pequeña ciudad de San Sebastián lo esperaba todo de los que luego la arrasaron. La Historia nos depara reiterados ejemplos de esta índole; pero, como convienen la mayoría de los historiadores, la antigua y destruída ciudad de San Sebastián, tenía contraída una deuda terrible con Inglaterra, que aprovechó esta coyuntura para vengarse de ella tan airadamente. Esta deuda era una deuda de índole tal, que los ingleses, contrariados en lo más sutil de su amor propio, deseaban aniquilar enemigo tan competidor como era San Sebastián ya por aquellos tiempos. Y destruyeron alevemente la ciudad : la ciudad quedó reducida á escombros, sus habitantes sufrieron los desmanes más nefandos; no quedó rastro apenas de sus bibliotecas y archivos y tesoros; los pocos supervivientes hubieron de emigrar á los pueblos inmediatos y sólo quedó á salvo la calle que lleva por nombre la fecha de este día, y que antes se llamaba calle de la Trinidad. La ciudad de entonces tiene para los enamorados de las cosas que fueron, y de las que apenas se conservan

livianos vestigios, un aura de innegable poesía y encanto. Contemplando las desvencijadas casas que de aquel destruído San Sebastián están aún en pie, ¿quién no ha sospechado aquella ciudad cercada de murallas, breve y reducida, que nos muestra el plano solícitamente levantado por el arquitecto Pedro Manuel de Ugartemendía?

Sin embargo, el San Sebastián aquél no se diferenciaba gran cosa del viejo San Sebastián que hoy existe. Probablemente, su disposición era idéntica; el número de sus calles era de 21 y los nombres de ellas igual á los de hoy, salvo pequeñas excepciones. Pero entre aquel San Sebastián, rodeado de murallas y dedicado al tráfico, al mar y á la industria, y este otro San Sebastián de hoy, ¡qué diferencia tan honda y substancial! Tanta, como la diferencia de aquel otro primitivo solar, compuesto de edificaciones de madera que fué destruído por un terrible incendio en 1489 y el San Sebastián acabado en 1813. De suerte, que sin esta catástrofe que hoy se conmemora, quién sabe si esta linda ciudad de veraneo y de bullicio, sería tal vez una floreciente ciudad llena de tráfico y de industria, como entonces, dada la pequeñez de su recinto, lo era. Pero al perecer en 1813 el San Sebastián de los balleneros y de los traficantes; al perecer la vieja ciudad rodeada de murallas, no sólo pereció una ciudad material y tangible y no sólo perecieron un buen golpe de millones de reales, sino pereció el alma primitiva de una generación de mercaderes é industriales, para revivir á una nueva vida distinta y contrapuesta por entero á la anterior.

Aquella hecatombe fué de una verdadera trascendencia. La psicología de los pueblos ofrece enseñanzas tan profundas como la psicología de los hombres. No sería del todo descaminado achacar los nuevos impulsos y orientaciones de San Sebastián, á un afán de novedad que, al reconstruir la ciudad, dominara á los que habían de llevar á cabo tal empresa. Como todo había sido destruído, todo era menester edificar. Y se comenzó por edificar las manzanas más simétricamente, las calles más alineadas y rectas, las construcciones más sólidas y cómodas. Comenzó, merced á este prurito de novedad y gusto—amén de su situación magnífica y su topografía—, á llamar la atención de las gentes del interior de España, hechas á sus ciudades hoscas y sombrías. Y de esta amable guisa, sin darse cuenta apenas, sin quererlo, como quien dice, San Sebastián se vió, de un día para otro, que sin carteles, ni reclamos, ni mayores atractivos, era, en efecto, una ciudad muy propia de veraneo.

Y entonces se dió cuenta de su pequeñez. Una gruesa cintura de murallas la comprimía : era ya nuevamente tan grande la ciudad como lo era cuando fué destruída; y entonces, entonces es cuando San Sebastián comprendió llegada la hora de volver la cara á la tradición, al pasado, al alma vieja de ciudad fortificada, para, destruyendo sus murallas, avanzar hacia el campo y llenar de manzanas las lagunas del libre Urumea. Las murallas fueron destruidas, como cosa ya inútil y perniciosa; y rápidamente la ciudad creció, se hicieron los grandes edificios, los paseos, las amplias calles, que han llegado á extenderse hasta donde la imaginación más exaltada y optimista de aquellas viejos donostiarras, no soñó nunca llegar. Y he aquí : la Fortuna favoreció tanto los buenos propósitos, que quedó definitivamente cristalizado el espíritu donostiarra en un espíritu amable, sonriente y lleno de complacencia, personificado en los hosteleros, en los bañeros y en otros tantos novísimos industriales de la nueva industria del veraneo.

* * *

La tradición de San Sebastián fué rota á raíz de la catástrofe del 15 de Agosto de 1813. El nuevo San Sebastián volvió la cara á su vida pasada, á la industria de sus pesquerías, de sus mercados y relaciones con Francia; y de aquella generación de hombres rudos, fuertes y valerosos que tanto intrigaban á Inglaterra, como eran los balleneros de las costas de Terranova, hoy sólo restan nuestros marinos, recluidos en el barrio del muelle y tambaleantes por las calles del viejo San Sebastián, pescadores de sardinas, de merluza, del besugo y del chipirón. ¡Ruinas de pasadas grandezas, con qué fuerza evocadora requerís la mente ensoñadora! ¿Qué fueron de aquellos fuertes balleneros, que á su arribo á la amurallada ciudad paseaban por las viejas calles del viejo San Sebastián? ¿Qué suerte de historias no contarían á su retorno de los distantes mares?

Aquel San Sebastián feneció, quedando reducida á escombros la ciudad y muerta con ellos el alma de los viejos donostiarras. Y surgió pujante y avasalladora, la novísima y deslumbradora industria del veraneo. No estará de más que, dando tregua á la realidad presente, divaguemos en amenas disquisiciones acerca de lo que pudo haber sido San Sebastián, de haber emprendido otras orientaciones. Porque de seguir la tradición, esta ciudad elegante, cosmopolita y linda de veraneo aristocrático, hubiera sido hoy una ciudad fuertemente industrial y

tradicante. Si su posición es realmente propia para el turista, calcúlese cuanto más lo sería también para un desarrollo mercantil. Su proximidad á la frontera es, indudablemente, una ventaja positiva, porque no hubiera costado gran cosa convertir á San Sebastián en frontera comercial, dada su mayor importancia á todo otro centro de población y su proximidad á la frontera de demarcación limitrofe y legal. Quedaría, entonces, San Sebastián convertido en un gran almacén de toda suerte de mercancías de importación y exportación; dado el carácter emprendedor de sus habitantes, su constante deseo de mejorar y renovarse, es de creer que sólo con esta base y la de sus empresas anteriores por tierra, habría una gran expansión comercial, grandes almacenes de mercaderías, grandes oficinas de comisionaje y de empleados fiscales del Estado, del Municipio, etc. Al construirse los ferrocarriles y sentado este precedente, lógico y natural hubiera sido establecer en San Sebastián el intercambio de los ferrocarriles de Francia y España, haciéndose aquí el transbordo de viajeros como el de mercancías. Supondría esto un contingente de población diariamente flotante, de viajeros de Europa y del interior de España, que, dadas las condiciones de la población estacionaria, la favorecerían con sus estancias, más ó menos largas, pero indudables y numerosas. Conjuntamente y como consecuencia, la industria hostelera se habría desarrollado súbitamente; la ciudad habría adquirido un aire aún más complicado y cosmopolita que hoy; y debido á la ligereza que requiere la atención de una población semiviajera, San Sebastián sería una ciudad movida y animada, llena de carromatos, de coches, de tranvías en todas direcciones y con gran apresuramiento. Bajo esta base, no es menester decir las indudables ventajas del comercio, favorecido notoriamente. El comercio, hoy tan constreñido, disfrutaría entonces de mayor libertad y contaría con rendimientos más positivos; el Municipio no tendría necesidad de imponer tantas gabelas y contribuciones, y el hallarse en las mismas puertas receptoras de toda suerte de mercancías de todo el mundo, hubiera desarrollado más su instinto comercial, emprendedor y arriesgado. No hubiera sido óbice este desenvolvimiento francamente material, para el desarrollo de la industria del turismo, del veraneo. Un estudio concienzudo y profundo podría haber separado convenientemente las dos ciudades: la ciudad trabajadora, hacia la parte de Atocha, con sus ferrocarriles y almacenes y oficinas, y la ciudad elegante y refinada, frente á la Concha, por el monte Urgull, por

el monte Igueldo. Podría servir de frontera entre estas dos poblaciones antagónicas, y sin embargo, complementarias, el río Urumea, salvado por puentes y navegable en un trecho conveniente, por ejemplo, desde la actual fábrica de gas á su desembocadura. Sería de ver entonces el Urumea surcado de embarcaciones, de vapores panzudos y simulando un bosque de mástiles, con su orilla derecha destinada á los trabajos de carga y descarga de mercancías, serpenteada por vías de comunicación que recorriera toda la zona de la derecha del río hasta los arenales de Gros, donde podría existir un puerto resguardado por recios murallones, que lo cerraran, extendidos del rompeolas de la Zurrilla hasta la punta del Ulía; y su margen izquierda destinada á amplios paseos de gran animación y de indudable comodidad, por su situación especial y agradable. Estos proyectos llevados á la práctica bajo una base comercial, hubieran hecho de San Sebastián una población de primera importancia: la industria de los vinos de Pasajes hubiera prosperado notoriamente, en vez de morir, merced á la competencia de Burdeos; el puerto de Pasajes hubiera adquirido verdadera importancia y trascendencia; estaría unido á San Sebastián por vías de comunicación; se habrían creado una porción de nuevas industrias é indudablemente, San Sebastián sería la primera población del Norte de España por su industria, sus habitantes, su tráfico y su comercio. Ofrecería ventajas indudables para las gentes metidas en el tráfico de los negocios, que á pocos pasos y salvando el Urumea, se encontrarían en una ciudad amable, dulce, llena de lujo y comodidad, al revés de los que, gozando de esta paz, desearan gozar del espectáculo de una población de movimiento y ruido. Al amparo este, las fábricas diseminadas se habrían reunido aquí; los capitales se habrían reunido aquí: y de todo este run-run de negocios, de ruido, de trajín, de movimiento, San Sebastián habría resultado una potente y definitiva ciudad, segura de sí misma y cimentada sólida y rotundamente. La industria de la mar se habría multiplicado y orientado en gran escala; se habrían fundado Compañías poderosas y el dinero de América, hoy estancado en los Bancos ó en negocios lejanos, habría buscado aquí un lugar donde, sin grandes fatigas, produciría bonitamente. El barrio de la Concha, de Ayete, del Antiguo, de Amara, y lo que hoy comprende el viejo y el nuevo San Sebastián á la izquierda del Urumea, sería entonces poblado solamente por la elegancia, por la gente rica y aristocrática: allí estarían los casinos y los baños y las kursales y las po-